

¿Hay crisis de valores?

No pasa un día sin que a través de los distintos medios de comunicación no se diga machaconamente que hay una crisis de valores. Yo creo que no son los valores los que están en crisis; todos sabemos que hay unos valores y una lista para ordenarlos. Lo que hay es falta de energía para tomarlos como tales y ordenarlos adecuadamente en la teoría y en la práctica. Algunos son de primer orden y no se puede renunciar a ellos.

Este liberalismo actual (sólo en lo económico) fuerza a un consumo desmedido; los medios de comunicación actúan como auténticos vectores portadores del estímulo al consumo y consiguen una homogeneidad construyendo un pensamiento único con una serie de prototipos que no son nada más que una grosera simplificación de la realidad.

Esto frena la existencia de individuos que, con su propio criterio, ayuden a la construcción de la tabla de valores cotidianos con un vértice superior en valores que enseñen al individuo a ser libre desde la ética.

La vida en común nos exige un comportamiento con unas actitudes y maneras de ser que faciliten esa vida. Luego la libertad para elegir una forma de vida individual no elimina la obligatoriedad de formarse como ciudadano para la otra vida que no es privada: la vida pública.

Cuando hablo de valores no me refiero a valores de tipo religioso o a moralinas de poca trascendencia. Quiero referirme a valores laicos que sean intersección de los que los distintos grupos religiosos, fans de un club, ateos, agnósticos, masones... deben poseer para el soporte común de todos.

En nuestro país la secularización llegó tarde (si es que llegó) y a empujones. Hubo paréntesis muy significativos en nuestra historia en los que los únicos valores procedían de la moral católica y éstos no son valores cívicos en sí mismos. Las normas sociales quedaban reducidas a lo que determinaba el derecho, pero el derecho no puede regular todo ni es deseable que lo haga. Muchos problemas de convivencia quedan fuera de los jueces. ¡Gracias a Dios! El mutuo respeto, la tolerancia, la aceptación de lo diferente, la responsabilidad en lo que atañe al grupo, son virtudes imprescindibles para dar vida a la democracia. Pero no sólo para eso, también para la familia, para el grupo de trabajo o para compañeros de clase.

El fundamento de la República no era sólo la abolición de la monarquía: su alma residía y reside en la asunción de las leyes y virtudes cívicas (laicas) con la máxima *sine qua non*.

Si no son de nuestro agrado las citadas leyes y virtudes, deberemos tener el valor y el firme compromiso de colaborar en el cambio de las mismas.

Xermán Pita Graña

Docente